



FELIX GORDON ORDAS

**EL DEBER REPUBLICANO
EN LA CRISIS ESPAÑOLA**

(Conferencia pronunciada en Burdeos
el 20 de Julio de 1958)

PARIS
1958

FELIX GORDON ORDAS

**EL DEBER REPUBLICANO
EN LA CRISIS ESPAÑOLA**

(Conferencia pronunciada en Burdeos
el 20 de Julio de 1958)

●
PARIS
1958

Señoras y señores :

Una clara voz republicana viene hoy a esta tribuna para dirigirse, no sólo a vosotros, los que me honráis con vuestra presencia corporal, sino a los innúmeros españoles de dentro y de fuera, simpatizantes o adversarios, amigos o enemigos, que no podrían escucharme ni aunque este micrófono tuviera miles de receptores distribuidos por el mundo entero.

Traigo una representación que materialmente es muy pobre, pero que en el orden espiritual posee una incalculable riqueza : la del Gobierno de la República Española en exilio. No por lo que nosotros personalmente seamos, sino por nuestra gloriosa representación, hemos conquistado en Europa y en América consideración y respeto. Todo el mundo democrático sabe que tiene contraída con nuestro régimen una gran deuda moral. En ese sobresalto del subconsciente internacional, que ni el transcurso de los años ni la sucesión dramática de los acontecimientos han podido aquietar, está lo más poderoso de nuestra fuerza. De ella nos servimos, apoyados sobre la razón irrefragable de nuestra causa, para seguir actuando con pleno derecho en los problemas relacionados con España.

Durante los momentos actuales de nuestra patria, tan cargados de responsabilidad en lo presente y para el porvenir, callar sería en nosotros un pecado imperdonable de complicidad por omisión. Para exponer nuestro criterio con la limpia claridad de costumbre he venido aquí hoy, en cumplimiento de un acuerdo del Consejo de Ministros, y estoy seguro de que mis palabras no permitirán que persista la menor sombra de duda en ningún espíritu honesto. Es hora de definiciones precisas dado el consiguiente confusiónismo que se viene sembrando a voleo desde múltiples parajes nacionales y extranjeros. El Gobierno republicano español, aunque en realidad no estaba obligado a hacerlo una vez más, quiere recalcar su posición de contornos netos frente al tema político que viene agitándose con relación al futuro. Los equívocos repugnaron siempre a nuestra conciencia — a la conciencia individual y a la conciencia representativa — y de ellos procuramos huir cuantas veces lo requieren las circunstancias. La de ahora es apremiante para unos y para otros. Nosotros al menos así lo entendemos y acudimos sin vacilación a esta cita de sinceridad que nos da el destino.

BARRANCA ABAJO

Ya es un hecho incontrovertible, hasta para los más pertinaces obcecados, que el sistema franquista ha entrado en barranca. La privación de las libertades y derechos humanos a los españoles que están fuera del corro de usufructuadores de la victoria, los cuales constituyen la inmensa mayoría del censo nacional; la miseria en que el pueblo ha estado vegetando desde que Franco y sus cómplices redimieron a España; la cesión mediante compensaciones financieras, y a veces hasta la venta, de terrenos patrimoniales del país; las edificaciones de suntuosidad faraónica erigidas insolentemente como trágica burla para los muchos miles de chozas en que han de albergarse por necesidad multitudes ingentes de hombres, mujeres y niños; los escandalosos negocios sucios que han producido la novísima clase de los « haigas »; la enorme corrupción, sin precedentes en nuestra historia, de la escala político-administrativa de la nación, desde el centro a la periferia y desde la cúspide del Poder hasta las porterías de los edificios públicos, y las sañudas persecuciones contra los discrepantes, los simulacros de juicios ante Consejos de Guerra en plena paz, las condenas despiadadamente abusivas, incluso a muerte, y los encarcelamientos sistemáticos de los « sospechosos » cada vez que Su Majestad el Caudillo o uno de sus más elevados secuaces se desplaza de su residencia habitual, fueron creando lentamente una atmósfera de hostilidad al régimen usurpador. Pero no han sido en verdad esas causas, no obstante la importancia suma de ellas, las principales productoras de la gran subversión actual de las almas. Este papel lo han jugado sobre todo otras de tipo exclusivamente económico-financiero, que han permitido entrever la horrible silueta de la catástrofe hasta a los individuos de más acentuada miopía. De ellas voy a exponer a continuación una muy breve síntesis. Son éstas:

La insoluble crisis de la habitación, que en cifras oficiales arroja el déficit de bastante más de un millón de viviendas, lo cual supone que por lo menos cuatro millones de personas viven con el cielo como techo o en infectos tugurios;

el acrecentamiento día a día del desnivel en la ecuación precios-salarios, pues mientras los segundos fueron estacionados con el alza general habida en noviembre de 1956, los primeros se siguieron elevando en marcha progresivamente acelerada desde un índice para el menudeo de 1019 en dicho mes (con base 100 en 1935) hasta otro de 1234 en marzo de este año; cálculos officiosos muy conservadores hacen ascender al 21 por ciento la subida de los precios de mayoreo;

el nuevo estancamiento y sucesivo retroceso en las cifras de producción, con repercusión equivalente en la renta nacional, a pesar del aliento monetario que le presta la incesante lluvia de dólares norteamericanos, y la bárbara injusticia de la distribución de esta renta entre las distintas capas sociales;

la demencia de la industrialización estatal que ha conducido a desatinos tan enormes como la financiación de la llamada « Empresa Nacional Siderúrgica » de Avilés con más de once mil millones de pesetas — y se dice que habrá de ampliarse hasta veinte mil esa cifra — para obtener una producción hasta ahora inferior a la de los Altos Hornos de Vizcaya, cuyo capital desembolsado no llega ni con mucho a los dos mil millones de pesetas;

el desarrollo crecientemente desfavorable del comercio exterior, a pesar de que se efectúan importaciones muy inferiores a las necesidades y de que se exportan hasta productos indispensables a las atenciones normales de la economía española, habiendo sido en 1957 el déficit de 1350 millones de pesetas oro, o sea 440 millones de dólares, según la evaluación que aparece en el « Estudio Económico 1957 del Banco Central »;

la baja « persistente y profunda » en las cotizaciones bursátiles durante todo el año pasado, por merced de las cuales « las ganancias de 1956 se perdieron », con sombríos anuncios de que 1958 « va a ser un año duro » (Los párrafos entrecuillados son de un artículo de « El Economista » en su número del 4 de enero de este año);

la progresiva disminución de las reservas en oro y divisas, consecuencia obligada de la liquidación siempre deficitaria de la balanza de pagos, que teóricamente eran de poco más de cincuenta y cuatro millones y medio de pesetas en el último balance publicado por el Banco de España — ¡ y los más optimistas técnicos económicos del régimen consideran indispensable una reserva mínima de ciento cincuenta millones de dólares ! —, de cuyas pesetas oro hay que deducir en la práctica muy cerca de la tercera parte, que es lo que importan las deudas

a corto plazo contraídas en el exterior por el Gobierno franquista ;

el ascenso en espiral vertiginosa del Presupuesto de gastos, que de la aterradora cifra de 43.080.850.284,35 pesetas en 1957, se elevó aún, en 1958, a 48.004.958.031,92 — ¡ casi exactamente cinco mil millones de pesetas más ! — con el consiguiente aumento de los impuestos, ya insostenibles desde hace varios años para la economía española, sin embargo de lo cual durante el año en curso supondrán la expoliación a los contribuyentes de 16.036.199.000 pesetas más que en 1957 : 4.118 millones de pesetas en los impuestos directos y 11.918.199.000 en los indirectos, para que el escarnio a la pobreza sea mayor ;

la proliferación alucinante de los organismos autónomos de la Administración pública, de que la Secretaría General Técnica del Ministerio de Hacienda ha dado la cifra increíble de 820, con un gasto total en 1957 nada menos que de 29.842 millones de pesetas ;

el aumento peligrosamente inflacionario de la circulación de billetes, que de 51.253 millones de pesetas en noviembre de 1956, había escalado, con un salto gigantesco de 13.651 millones más, la cifra de 64.904 en junio de 1958, sin tener otra cobertura metálica que la ridículamente desproporcionada de 54.733.185,74 pesetas oro ;

la enormidad de una Deuda Pública, muy cercana a los 180.000 millones de pesetas, terrible hipoteca realizada por los despilfarros del « Movimiento Nacional Sindicalista » sobre la economía aún no creada de las generaciones sucesivas, que se agrava sin cesar con cuantiosas emisiones de ella : a 11.910 millones de pesetas ascienden las autorizaciones concedidas para emitir más Deuda Pública en 1958.

Estas y otras durísimas verdades, de una realidad tan brutalmente contraria al ensueño romántico de los principios enunciados por teorizantes en éxtasis, han hecho comprender, incluso a los propios franquialangistas no atacados por el delirio de grandezas, que la situación vigente ha agotado sus posibilidades de supervivencia. Lejos de haberse resuelto por ella ni uno solo de los males ya crónicos en nuestros pueblos, se han agravado todos los que existían y se crearon durante su vigencia otros nuevos y más angustiosos, lo que es infinitamente peor. Franco ensayó ya cuantas composiciones gubernativas tenía a su alcance y cada una ha caminado a trompicones mayores que sus antecesoras, de fracaso en fracaso, hasta los límites de la impotencia. La crisis que otra vez amenaza no será una crisis de gobier-

no, sino de régimen. Así lo entienden dentro de España hasta personas de muy estrecho contacto con el dictador, que hablan con desenfado de la manera de proceder pacíficamente a su substitución y preparan a toda prisa el pararrayos salvador. Han creído encontrarle en la promulgación « literaria » de dos llamadas leyes básicas con las que se pretende alcanzar un futuro político estable. Se equivocan. Es demasiado tarde.

Los signos externos de la tormenta no fueron bien comprendidos con tiempo hábil para el remedio, a pesar de su persistencia tenaz, ni por los más perspicaces observadores. Las huelgas que se sucedían eran consideradas como maniobras comunistas, aunque manifestasen sus simpatías por ellas los sacerdotes y hasta obispos como el de Alava y el de San Sebastián. En los movimientos rebeldes de los estudiantes no acertaban a ver otra cosa que un fantástico comunismo, que por ser fantástico sólo adquiría corporeidad en sus imaginaciones. Las solicitudes de respetables personas, incluso bastantes de ellas muy católicas y conservadoras, en busca de un restablecimiento de los derechos humanos, fueron contestadas con prisiones, procesamientos, destituciones, condenas y calumnias. ¿ Será también comunista el reciente acuerdo unánime del Colegio de Abogados de Madrid reclamando que las causas políticas pasen a la jurisdicción civil y que en todas las de jurisdicción especial sea obligatoria la intervención de los letrados como defensores ? No veían, no querían o no podían ver, que todo aquello eran solamente síntomas reveladores de una gravísima enfermedad política del sistema opresor.

Como síntoma último y más sobrecogedor de ese mal ya incurable apareció la dramática emigración de la miseria que estamos presenciando con lágrimas en el corazón. Una estadística aproximada hace ascender a la cifra de 67.000 el número de españoles emigrados a Francia durante el primer semestre de este año y el éxodo continúa en proporciones realmente aterradoras. Hay ciudades del Mediodía francés en que se oye hablar tanto en castellano como en el idioma del país. A la emigración exilada, que fué una emigración política por servicio a un ideal, se une ahora esta otra emigración de compatriotas que viene buscando, más que la libertad, la comida. A los veintidós años de haber prometido Franco que no habría en España ni un solo hogar sin lumbre y pan, los españoles huyen a bandadas de la patria, como nunca había ocurrido en circunstancias normales, porque a cambio de la libertad que se les robó se les ha dado el hambre. ¿ Puede existir condenación más severa que ésta del régimen franquista ?

LAS GENERACIONES AJENAS A LA GUERRA CIVIL

El descontento de los obreros, de los estudiantes, de los profesores y de otros grupos sociales fué creciendo día a día y revelando una inquietud esperanzadora para quienes auscultábamos sin cesar las palpitaciones del interior. No me es posible relatar las etapas de esta evolución maravillosa, lo que por sí solo ocuparía el tiempo de más de una conferencia. Por ello he de limitarme a recoger una de sus manifestaciones más típicas, que es la publicación durante la primavera de 1957 del « Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil », porque aquel admirable documento marcó el punto culminante de la disconformidad y empezó a señalar claramente las rutas hacia el porvenir.

Se habían salido aquellos jóvenes por voluntad y experiencia del clima « reverencial a un hombre enviado por la Providencia para salvar a España », debido a que se dieron cuenta de que al vivir hasta entonces rodeados de « mitos imperiales » habían tomado « la retórica por realidad ». Con su dolorosa confesión de que eran « unas generaciones huérfanas de magisterio » se pusieron a buscar afanosamente por sí mismas « respuestas verdaderas » a las preguntas que ni siquiera sus padres les contestaban. Bucearon en todos los estratos de la vida española : los obreros, los estudiantes, los abogados, los médicos, los intelectuales en general, el Ejército, las nuevas promociones católicas, y se percataron en seguida de la « angustiada distancia que separa a las clases en nuestro país » absolutamente en todo : la enseñanza, la técnica, la economía, descubriendo la gran verdad de que « no hay ningún estímulo para enrolar a la juventud en una gran tarea nacional » y estas otras verdades enormes que leeré ante vosotros para refrescaros la memoria :

« Se nos dijo que encontrábamos instaurado un orden justo y permanente y lo que nos ha salido al encuentro por todas partes es la imposición de una situación injusta, en la cual vastos sectores del pueblo español permanecen en desarraigo.

« Se nos dijo que ésta es una España honesta y pura, y hemos visto con nuestros propios ojos la corrupción en los ór-

ganos gestores de las funciones sociales y económicas. Y hemos aprendido la insultante verdad de que en esta España honesta y pura todos los hombres públicos tienen un precio.

« Se nos dijo que llegábamos a la vida activa de una España nueva, moderna, revolucionaria, en marcha progresiva, y lo que hemos encontrado por doquier es la rutina, la pereza creadora, la falta de imaginación, métodos viejos, mentalidades reaccionarias, intereses creados, puertas que se cierran, temor a la juventud, falta de fe en el pueblo, dificultades artificiales y aduanas políticas erigidas ex profeso para defender posiciones privadas. »

De la fase crítica pasaron rápidamente estos jóvenes al aspecto constructivo, como lo revelan estas frases que he seleccionado de su magnífico alegato. « Hay que crear una verdadera comunidad del pueblo : una comunidad que en sus funciones económicas, culturales y políticas sea de todos y para todos los que la componen ». « Hay que restablecer la verdad de las funciones sociales y hay que procurar que éstas sean cumplidas por sus auténticos y necesarios protagonistas » porque es necesario « que las funciones sociales sean auténticas ». « La primera necesidad humana que debe satisfacerse, en un orden jerárquico de valores, es el derecho a la verdad ». « La otra necesidad humana y social, que también tiene carácter irrenunciable, consiste en el derecho a la participación », porque « realizándose este derecho las funciones sociales son ejercidas por sus verdaderos sujetos y protagonistas ». « Derecho a la verdad y derecho a la participación : éstos deben ser los ideales a realizar por nosotros, por las jóvenes generaciones españolas. »

Ese doble anhelo, sentido desde planos distintos y con diferentes características, fué y es la aspiración común de numerosos españoles de entre 20 y 40 años de edad que no estaban bien definidos, los cuales comenzaron a asociarse clandestinamente en agrupaciones inconexas, un poco balbuceantes, con los propósitos de primero averiguar por sí mismos lo sucedido en la patria desde la instauración de la República y después intervenir en las funciones políticas. Derecho a la verdad y derecho a la participación. Sería de gran interés el análisis, que aquí no puedo ni intentar, de aquella ebullición más sentimental que reflexiva. Lo importante para el plan de mi conferencia es señalar este acontecimiento, que inició el despertar juvenil del sueño hipnótico producido por la retórica y por el látigo de los dominadores, porque de tal despertar se derivó casi todo el movimiento opositorista nuevo, hoy en pleno desarrollo y hasta quizás excesivamente prolífico.

DEMASIADOS PARTIDOS

La bárbara represión franquista después de terminada la guerra y las despóticas medidas de excepción promulgadas inmediatamente, no sólo habían hecho imposible el funcionamiento dentro de España de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales que libremente vivieron durante la Monarquía constitucional y en la República, sino que prácticamente anulaban las actividades de los hombres de dichas entidades residentes en el interior, justamente temerosos de la repetición de unas represalias salvajes de que llevan huellas imborrables en el cuerpo y en el espíritu. Por su parte, las nuevas generaciones no podían saber otra cosa que lo que oficial y oficiosamente se les decía, con una mendacidad y un cinismo escalofriantes, sin posibilidad de publicación alguna de réplica por los infamados, ni siquiera contra las calumnias más atroces. Esto creó unas tinieblas espirituales en las generaciones de post-guerra que se pretendía fuesen permanentes a mayor gloria de los tiranos. Pero al cabo de algunos años sombríos hubo muchachos que quisieron saber y supieron. Ellos fueron el fermento que atacó la resignada conformidad y llegó a convertirla en discrepancia siempre acuciosa. Era el principio de la redención de las almas a que estamos asistiendo con el corazón enfervorizado.

El exceso desbordante del ímpetu, la exigüidad del examen crítico y los eternos personalismos ocasionaron un fenómeno lamentable. Contra el partido oficial único se pasó en la clandestinidad a los partidos innumerables. Este era y es un grave mal, que por ahora no parece tener remedio, a pesar de las muchas observaciones y reflexiones formuladas por personas de sereno discurrir, lo mismo de dentro que de fuera de España. Esta dispersión de las energías combativas, que tanto se parece a la que existe en el exilio y es más grave que ella, disminuye considerablemente la eficacia de los esfuerzos generosos que con frecuencia se prodigan, sin temor a las persecuciones, muy valientemente, a veces con arrogancia retadora. Algo se ha logrado, pero es poco. Hemos de tener confianza, sin embargo, en que todos acabarán por comprender que en la política constructiva es más importante la cabeza que la pasión.

No se compromete nada ni a nadie con presentar ante ustedes el panorama de las nuevas organizaciones opositoras ideadas en el interior, porque son bastante conocidas, y en lo que cabe vigiladas, por las autoridades policíacas al servicio de la tiranía. Su número es tal que produce congoja. Escuchad los títulos de las principales.

Unión Democrática Española, Partido Social de Acción Democrática, Unión Nacional Democrática-Cristiana, Partido Social de Izquierda, Partido Funcionalista, Movimiento Federal Obrero : « Agrupación de Intelectuales Libres », Unión Española, Hermandades Obreras de Acción Católica, Joven República, Comité Español Revolucionario, Movimiento Socialista de Catalunya, Grupo Católico Progresista, Grupo Sindicalista Republicano, Nueva Generación Ibérica, Asociación Socialista Universitaria y Asociación Universitaria de Filosofía agrupadas hoy con otras entidades menores en la Unión Democrática de Estudiantes, Federación Nacional de Estudiantes de Cataluña, Círculo de Estudiantes Progresistas, Asociación de Amigos de Cánovas, Asociación de Amigos de Maeztu, Movimiento Nacional de Resistencia, Grupo de Liberación Nacional, Falanges Universitarias, Las Nuevas Jons, Seis Grupos Sindicalistas y Tres Grupos Tradicionalistas. Funcionan, además, aproximadamente otros doce grupos, exclusivamente juveniles, organizados más que por ideologías dispares en torno a personas antagónicas, cuyos grupos se han desgajado en su casi totalidad del cauduco tronco falangista.

De este abigarrado conjunto de entidades, algunas de ellas con sólo la etiqueta por ahora y la mayoría de las otras apenas en incubación, únicamente hay tres de tendencia monárquica relativamente constitucionalista y ninguna importante : Unión Española, Movimiento Nacional de Resistencia y Asociación de Amigos de Maeztu, ésta en funcionamiento autorizado, y otras tres de carácter francamente absolutista. Existe también una, la llamada Las Nuevas Jons, con tinte neofascista de izquierda. Las restantes son republicanas, socialistas o sindicalistas, algunas tocadas de « accidentalismo », y una comunista. En todas las organizaciones no monárquicas, y también en una de las monárquicas constitucionalistas, el anhelo programático es muy parecido, aunque impreciso y en lo que se me alcanza sin verdadera articulación de principios. Tres de ellas, que yo sepa, tienen programas de acción y de gobierno bastante claramente definidos : el Partido Social de Acción Democrática, la Unión Democrática Española, o simplemente Unión Democrática, y el Comité Español Revolucionario. He recibido también unas

« Bases programáticas » anónimas, que me parecen dignas de meditación, tanto en sus varios aspectos internacionales, como en sus líneas de política nacional. Lo último que se me ha remitido, a título confidencial, es un detallado « Plan de acción republicana en España » debido al pensamiento de personas bien conocidas en el interior. Todo ello revela la existencia dentro de nuestra patria de grandes, pero muy dispersas, inquietudes renovadoras.

Aparte de lo que se puede llamar ideología política para la gobernación futura, en que se encuentran naturalmente divergencias considerables, si bien con un fondo común acentuadamente social y económico, llama la atención observar la extraordinaria similitud de sus apreciaciones sobre los graves problemas iniciales en la sustitución del franquismo, hasta el punto de que cabe resumirlas en los siguientes puntos representativos de la opinión general :

- 1.º — Eliminación de la Dictadura para establecer escalonadamente un sistema democrático igual para todos los españoles.
- 2.º — Liquidación total de la guerra civil, que debe asimilarse como hecho histórico, sin mención de vencedores y vencidos.
- 3.º — Amnistía general por lo ocurrido durante ella.
- 4.º — Restablecimiento de las libertades y derechos actualmente secuestrados mediante un Estatuto provisional promulgado por la entidad que se convenga entre todas las fuerzas políticas organizadas democráticamente.
- 5.º — Exigencia de responsabilidades, ante Tribunales ordinarios de Justicia, por las actuaciones delictivas desde el Poder posteriores al fin de la guerra.
- 6.º — Celebración de unas elecciones constituyentes de las que salgan primero unas Cortes y después el régimen político definitivo, que procurará eliminar el rencor como arma de lucha y fomentar la cooperación como instrumento de concordia.

TRES HIPOTESIS Y UNA FALSA TESIS

Contrariamente a lo que han venido asegurando personas mal informadas o maliciosamente intencionadas, en el interior nunca hubo hostilidad para el exilio, que ha sido ciertamente acusado a veces allí de inconexión y despego, pero no menospreciado, y con frecuencia hasta sobrevalorizado. Desde que pudo establecerse y sostenerse el diálogo, aunque sea con dificultades que nunca han surgido de nuestra voluntad ni de nuestra incuria, el ansia de colaboración entre la España solariega y la España expatriada fué cada vez mayor. Coincidió esto con el despertar de la conciencia política en las nuevas generaciones y se fué acentuando progresivamente a medida que ellas iban adquiriendo madurez en este terreno. Una vez planteada ya claramente en España la necesidad de buscarle una salida sin sangre a la insostenible situación actual, las oposiciones del interior intensificaron los contactos con las del exterior a través de sus incipientes partidos o por otros procedimientos. Tenían la certera intuición de que el problema nacional debe resolverse conjuntamente entre los españoles de dentro y los de fuera de la patria y nos buscaron fraternalmente y con afán. A sus llamadas se respondió siempre con el mismo gesto de fraternidad e idénticos anhelos de redención, prestos unos y otros a la discusión y a un acuerdo, nada fácil de conseguir, sin embargo, por las divisiones y subdivisiones que a uno y a otro lado de la frontera atomizan y debilitan la acción y por cierto desviacionismo institucional en el interior nacido de una larga vida sin libertad.

La concreción más considerable hasta ahora de estos contactos está en el comentado documento de las tres hipótesis, procedente de dentro y bien conocido fuera por todos los refugiados, al que contestaron colectivamente el 25 de febrero de 1957 las organizaciones políticas y sindicales de carácter democrático que hay en el exilio optando por la tercera hipótesis, o sea la de que al régimen franquista le substituya aquel que libremente elija el pueblo español, hipótesis ésta que por cierto consideraban los mismos proponentes como la « más apta para obtener una adhesión de mayor volumen y para evitar futuros ataques e impugnaciones », no obstante lo cual ellos se adscri-

bían a la segunda, es decir, la del restablecimiento previo de la Monarquía con el compromiso de efectuar una consulta electoral en el más breve plazo posible. Esta falsa tesis, sin premisas racionales en que apoyarse, era absolutamente inadmisibles para los espíritus netamente liberales y democráticos, por consecuencia de lo cual el intento quedó en punto muerto. Así fué como asomó por segunda vez el propósito de restablecer porque sí la Monarquía, que había hecho su primera aparición cuando en 1948 los monárquicos se negaron a aceptar la consulta al país sobre el régimen futuro que pedía el punto octavo del así frustrado pacto suyo con los socialistas.

Es en verdad bastante curioso y muy desconcertante el hecho peregrino de que los monárquicos quieran a toda costa ganar en un juego para el que no tienen triunfos. Ya hemos visto la escasez y debilidad de entidades nuevas del interior que defienden tal forma de gobierno y es un secreto a voces que de lo antiguo no hay ningún residuo organizado. Esta exigüidad monárquica explica que, habiéndose desencadenado en julio de 1936 la rebelión militar contra la República para restaurar la Monarquía si triunfaba, no se haya implantado aún al cabo de tantos años por falta de substancia viva en la opinión capaz de exigirle al tirano el cumplimiento de lo convenido. Por otra parte, ¿ quiénes la iban a sostener, dirigir y orientar con un carácter realmente liberal y democrático ? No solamente carece la Monarquía de masas populares en que poderse apoyar, sino que tampoco tiene una eficiente minoría preparada para la gobernación del país. Lo poco útil que aún había al producirse el cambio de régimen en abril de 1931 fué extinguiéndose paulatinamente y no han aparecido los indispensables substitutos entre la juventud política de hoy, ni siquiera dentro de las filas del franquismo, pues sabido es que el único partido legal en el Reino creado por Franco, la Falange Española, ha declarado en múltiples ocasiones su antimonarquismo activo y a veces hasta un decidido republicanismo.

¡ Paradójico Reino este Reino sin rey que se sostiene por el apoyo de un partido oficial que abomina de la Monarquía ! « ¿ Un Reino sin rey ? », se habrán preguntado los pescadores en río revuelto para seguirse preguntando : « ¿ Y por qué no una Monarquía sin monárquicos ? » Esta « luminosa » idea, que inmediatamente comenzó a ponerse en práctica, obligaba a realizar la busca y captura del número suficiente de antimonárquicos dispuestos a apoyar el restablecimiento de aquello en que no creen, en vista de que los verdaderos creyentes no se encuentran por ninguna parte. A un Reino sin rey puede muy

bien substituirle una Monarquía sin monárquicos. Por absurdo que ello parezca, esta proposición encierra todo el impulso « ideológico » de ese singular monarquismo en aparente ebullición desde hace algún tiempo, precisamente desde que don Juan de Borbón comenzó a sospechar que nada positivo obtendría con sus súplicas a Franco.

LA INASEQUIBLE MONARQUIA

El ya veterano pretendiente a la corona de España ha venido solicitando del omnipotente Francisco Franco con aires plañideros de mendigo, desde apenas obtenido el triunfo sobre la República, que restablezca la Monarquía conforme prometió al iniciar su rebelión contra las Instituciones legítimas del país. Franco le ha contestado siempre con negativas descarnadamente rotundas o con promesas para más adelante cuando se sentía diplomático, a veces muy despectivamente, otras diciéndole con insolencia que él no levantó el Ejército contra la República para restablecer la Monarquía, sino para afirmar una situación « española y católica », y algunas tratándole simbólicamente a puntapiés. A prueba de menosprecios, don Juan insistía y volvía a insistir. En vista de ello creó Franco, para intentar librarse del asedio, la competencia al trono entre don Juan y su hijo Juan Carlos, con resultados excelentes para él al principio ; pero acabaron por ponerse de acuerdo hijo y padre acerca de las peticiones, después de lo cual el padre siguió reclamando humildemente y sus reclamaciones contaban con la aprobación tácita del hijo. Cansado de oír aquella cantinela, comenzó Franco el recitado de su decisión de permanecer en el Poder mientras viviera. La reiteración de tal propósito quitó al pretendiente las esperanzas de verse ungido por las buenas y seguidamente exteriorizó signos veladamente críticos del régimen nacionalsindicalista e inició su aproximación a las oposiciones antifranquistas. ¿ Para sumarse a ellas con el fin de reclamar también que se le reintegrara al pueblo la soberanía que se le había arrebatado ? No, para buscar unos cómplices no monárquicos en su campaña frente a las negativas de Franco que le ayudaran a conseguir el restablecimiento de la Monarquía mediante un acto despótico del tirano. Al empezar esta turbia actuación, valiéndose de intermediarios, ni él ni ellos revelaron

claramente las apetencias que les movían ; pero se trataba de un Borbón y de servidores leales suyos y esto debió bastar para poner en guardia hasta a los menos suspicaces.

Por entonces cometió el Partido Socialista el grave error de ponerse de acuerdo con las fuerzas monárquicas para realizar un proyecto electoral sin signo institucional previo, pacto que dicha entidad hubo de denunciar al enterarse de que los monárquicos, por indicación de don Juan y contrariamente a lo que habían suscrito, pedían que primero se implantara la Monarquía y después se efectuasen las elecciones bajo la presidencia del régimen así instituido. Desde entonces para acá siempre, absolutamente siempre, han pretendido lo mismo los monárquicos, en los momentos que les permitían los constantes chalanços de su jefe con Franco. Es posible que no lleguen a un centenar los que, por conservar aún un espíritu sinceramente liberal, se han adherido al criterio republicano de la consulta electoral convocada y dirigida por un Gobierno ampliamente representativo de los sectores antifranquistas en la opinión española organizada, ni republicano ni monárquico, para que el pueblo español diga libremente y con garantías el régimen que apetece para el porvenir. ¿ A qué puede deberse, si no es a la presunción de una gran derrota segura, esa sistemática huída de la voluntad nacional que exhibe, presa de pánico, la casi totalidad de los monárquicos actuantes ? Pero esa derrota la vienen sufriendo ya igualmente, y debido a ello les resulta inasequible la Monarquía por partida doble, año tras año, frente a los malabarismos dilatorios del enano de El Pardo. Ni contigo ni sin ti...

Una de las más eminentes y limpias personalidades diplomáticas de España, noblemente fiel a la Monarquía, que sirvió con lealtad y la acompañó en el destierro, cuyo nombre no se me permite hacer público, le dijo recientemente a un ilustre amigo mío, aferrándose a la esperanza de la restauración borbónica, pero mostrándose muy escéptico acerca de su posibilidad, que « la Monarquía liberal que él desea no es la misma que quieren la inmensa mayoría de los monárquicos españoles, que anhelan un retroceso al absolutismo de la corona, a ser posible con Inquisición ». Pero ni así ni de ninguna otra manera asoma por el horizonte esa casi inminente restauración despótica que se anuncia con creciente estrépito porque lo cierto es que Franco no quiere a don Juan y don Juan está decidido a no aceptar el nombramiento de su hijo Juan Carlos. « Yo no he abdicado nunca de mis derechos », ha dicho repetidas veces, exponiéndose como se expuso a que se le replicara desde su mismo campo, como lo hizo « Arriba », que de derechos solamente puede hablar la República. Así que, como exclamó otro

monárquico distinguido, « si Franco sólo quiere al niño y el padre exige que sea él el elegido, aquí no habrá ni rey ni Roque ». En efecto, no habrá Monarquía por ese camino, pero tampoco podría haberla por la vía recta que nosotros hemos señalado para la elección, ya que ningún monárquico está dispuesto a someter su régimen a la prueba soberana del voto libre. Ni Monarquía impuesta desde arriba ni Monarquía proclamada desde abajo. O sea, que mientras las oposiciones republicanas — invariablemente opuestas a que se pretenda solucionar el pleito español tomando un atajo sucio y cargado de peligros — nos sacrificamos y nos esforzamos para abrir un cauce racional, justo y equitativo que permita una evolución normalizadora mediante el ejercicio democrático, los monárquicos obstuyen el paso hacia él temerosos de la derrota, y hacen imposible la única salida pacífica realmente viable.

Y en vista de que ellos no quieren que se obre bien se atreven a pedirnos a nosotros que obremos mal, no precisamente en servicio de España, sino en beneficio de la Monarquía y para nuestro descrédito moral y político. ¿ No es demasiado fuerte y hasta cínica esta pretensión ? Hay todo un movimiento subterráneo en el interior de nuestra patria, reconozco que muy hábilmente expuesto, aunque parte del sofisma inadmisibles de que es legal la declaración de Reino hecha por Franco de su régimen, según el cual, como España es un Reino sin rey, lo que únicamente hace falta es « reponer al rey en su trono por automatismo sucesorio ». ¿ A qué rey ? A don Juan de Borbón, « único y legítimo Pretendiente al trono de España », según declara dogmáticamente « Unión Democrática », federación de cuatro partidos incipientes surgidos clandestinamente en el interior y que se llaman « accidentalistas » en cuanto a la forma de Gobierno, es decir, que no quitan ni ponen República o Monarquía, lo que se ajusta a ese credo ; pero ayudan a su Señor, cosa que no es ya ortodoxa, porque « frente al régimen actual — afirman — sólo la Monarquía puede movilizar a ciertos sectores muy importantes y contar con apoyos tales que le sea imposible a aquél evitar su caída o aplazarla ». ¿ Qué sectores ? ¿ Cuáles apoyos ? Nada dicen. ¿ Por qué no hablar claro ? Si es cierto el conocido adagio de que en boca cerrada no entran moscas, también es verdad que si no se abre la boca la garganta sólo emite sonidos inarticulados. ¿ Se refieren a los primates de la Iglesia y a los altos mandos del Ejército ? Probablemente. En caso afirmativo, será que ni los unos ni los otros han aprendido nada. Y resultaría muy triste que así fuera porque con ello la causa de la paz en España perdería mucho.

Cuando se empezó a esbozar tímidamente esta doctrina de

la restauración monárquica previa se decía que se trataría de un régimen sin carácter definitivo hasta que electoralmente fuese ratificada su legitimidad por el pueblo. Ahora ya no se promete eso. Al contrario. Los dirigentes de « Unión Democrática », entre los que hay personalidades muy respetables, rechazan indignados tal supuesto en el punto C de su declaración aparecida en Madrid el mes de mayo de este año. Aceptar ahora la Monarquía con la reservada decisión de derribarla inmediatamente de instaurada les parece a dichos señores « absurdo, suicida e inmoral ». La Monarquía, si es aceptada — añaden —, debe serlo con el firme propósito de consolidarla », claro está que si cumple sus compromisos y da las garantías debidas. Pero si no ocurre así, ¿ qué habrá que hacer ? ¿ Una nueva guerra civil ? ¿ Resignarse a la prosecución del « Borboneo » por un muy largo lapso de tiempo ?

Si la Declaración de « Unión Democrática » hubiese mantenido la posición neutral en cuanto al régimen futuro, a que le obligaba un « accidentalismo » absoluto, hubiera podido ser base de discusión entre la entidad que la patrocina y las organizaciones republicanas, socialistas y cenetistas. Pero desgraciadamente aparece expresada en términos tan claros y terminantes una preferencia, no ya monárquica, sino hasta « juanista », que hace imposible el diálogo. Nada más natural que varios grupos monárquicos se hayan adherido en principio, como aseguran, a las soluciones que « Unión Democrática » propone. « Es de esperar que los grupos republicanos — dicen seguidamente —, dando muestras de su patriotismo, podrán redactar una declaración comprometiéndose por su parte a no atacar ni dificultar durante el plazo de los tres años señalados la labor del Gobierno Provisional que se propugna sobre la base de su libertad civil. » Creo que esperarán en vano porque eso que llaman Gobierno Provisional nacería ya con el carácter permanente de monárquico. Tres años de tregua y cuantos fueran necesarios otorgáramos todos nosotros para celebrar las elecciones o en su caso el plebiscito de signo institucional a que « Unión Democrática » se refiere, si ello se realizara sin sumisión previa a la Monarquía. Equívocos, no. Las actitudes políticas han de ser siempre diáfanas, más aún en estos momentos de tan excepcional gravedad, y la nuestra lo es. ¿ Una previa restauración ? De aceptarse algún restablecimiento previo habría de ser el de la República, porque solamente ella puede ostentar un título irrefragable de legitimidad, y hemos renunciado voluntariamente al ejercicio de ese privilegio porque apetecemos la concordia y la paz. Con mayor motivo debe prescindir la Monarquía de alegar unos derechos que no pose desde el día 14 de Abril de 1931.

Ni Monarquía previa ni República previa, ¿ Qué menor homenaje habríamos de ofrendar a la soberanía, sin estrenar aún, de las nuevas generaciones españolas, que no conocieron ayer la actuación de ninguno de los dos regímenes en litigio y que deben ser mañana las principales responsables de la elección de un régimen, que después estarán obligadas a sostener y dirigir ?

QUE LO HAGAN ELLOS

Inconexos aún los grupos del interior contrarios a estas ofensivas monarquizantes, vergonzosas unas y descaradas otras, estamos obligados a procurarles cohesión desde fuera, después de haber obtenido sólidamente la nuestra, y a pedir a unos y a otros claridad en el pensamiento y firmeza en la actuación. Trabajemos para que todos accedan a convertir en tesis la tercera hipótesis y prometámonos nosotros luchar dentro de ella por la reimplantación de la República, como tienen el derecho por su parte de laborar en pro de la restauración de la Monarquía quienes la apetezcan. Pero francamente, limpiamente, sin confusionismos ni habilidades. Los republicanos por la República y los monárquicos por la Monarquía. No hay otra opción decente. Buscar un acuerdo con Franco para la substitución de él sería inmoral e inmoral sería beneficiarse de una nueva rebelión militar. El Ejército, si quiere contribuir al restablecimiento de la armonía, debe abstenerse. A Franco será menester reemplazarle por las consecuencias de una vigorosa y continuada acción civil en que los generales podrán actuar a lo sumo como medidores de su intensidad. Yo me resisto a creer que sea verdad, como viene asegurando un eminente miembro del OPUS DEI en su campaña corruptora por los alrededores de las tiendas republicanas, que los cuerpos castrenses no admitirán otro plan de substitución que el del establecimiento directo de la Monarquía. Pero si esta monstruosidad fuera cierta, impotentes como somos para impedir por la violencia la consumación del atropello, nuestra misión consistiría mañana, como lo fué ayer y lo es hoy, en seguir defendiendo la doctrina de que no hay poder legítimo si no procede del pueblo. Resulta asombroso que al cabo de casi un siglo hayamos de tener aún como lema de combate el mismo de la Revolución de Septiembre de 1868 : « ¡ Viva la Soberanía

Nacional ! » Nuestra fidelidad a este principio es y será siempre irreductible.

Si los altos mandos militares quieren restablecer la Monarquía sin consultar al pueblo que la restablezcan ellos y si don Juan acepta este regalo de quienes carecen de capacidad legal para ofrecérselo que se atenga a las responsabilidades futuras de su decisión presente. Seguirá su régimen desde el nacimiento la misma ruta del franquismo. ¿ Consultó acaso Franco la voluntad del país para erigirse en dictador y para nada de lo que posteriormente ha hecho ? Que don Juan y sus colaboradores vayan si quieren por ese camino, pero que vayan solos. Lo repetimos. No hay más soberanía que la emanada del pueblo ; la que falsamente se ostente de otra procedencia, es sencillamente un secuestro. Y aquellos republicanos, socialistas y cenetistas que están dispuestos para acompañar en su aventura al potencial nuevo usurpador — ¿ cómo desconocer que desgraciadamente existen, no sólo en el interior, donde la aberración tiene disculpa, sino también en el exilio ? — deben saber que al hacerlo renegarán de su historia política y sindical y traicionarán los postulados de la democracia liberal que fueron el sustento ideológico de sus vidas. Quienes de entre ellos piensen que la solución monárquica de tipo despótico que se disponen a apoyar será un régimen provisional, de simple tránsito, viven en las Batuscas. Precisamente lo que le afianzaría como régimen definitivo sería contar con una adhesión activa considerable para su instauración de las izquierdas antimonárquicas, porque ello le daría una apariencia de coalición nacional que sabría explotar muy habilmente desde un porvenir muy inmediato. No se concibe política más estúpidamente irracional, suicida verdaderamente, en las fuerzas republicanas que esa del apoyo activo, incluso la menos grave de dejar pasivamente hacer, que proponen algunos correligionarios de dentro y de fuera, exhaustos ya en su resistencia, cuya buena fe es indudable. Pues contra esa demanda de complicidad nosotros no cesaremos de gritar : « No, jamás, antes el destierro permanente ». Si quieren y pueden hacerlo, que lo hagan ellos solos y que se atengan exclusivamente ellos a las consecuencias que puedan derivarse de este nuevo escarnio.

¡ Y a qué clase de señor se proponen y nos proponen servir !
¿ Es que no saben los republicanos, socialistas y cenetistas aquejados hoy del mal accidentalista de propensión monárquica que fué don Juan, por intermedio de fieles colaboradores suyos, quien pactó con Mussolini la intervención de las tropas italia-

nas contra la República en la guerra que los franquistas la obligaron a aceptar ? ¿ Desconocen esos compañeros que si don Juan no peleó con las armas en la mano durante aquella infame rebelión armada contra nuestras Instituciones se debió a que Franco rechazó por dos veces sus ofrecimientos ? ¿ Puede olvidarse por alguno de ellos que don Juan declaró categóricamente el 24 de junio de 1955, y nunca lo ha rectificado, que la « Monarquía se ha sentido siempre solidaria con los ideales del Movimiento nacionalsindicalista » ? ¿ Hay quien ignore que posteriormente emitió don Juan contra el régimen republicano, en una entrevista periodística extranjera, conceptos calumniosos muy dignos de cualquiera de los inicuos artículos que « ABC », su órgano periodístico supremo, inserta constantemente ?

No, amigos míos, no han elegido ustedes bien. Todos deseamos acabar con el sistema franquista de opresión, pero decidirse para conseguirlo por un rey impuesto de acuerdo con Franco es simplemente cambiar de postura bajo la misma tiranía. Todos queremos libertar a España de su estado permanente de guerra civil y reconciliar a los compatriotas de las distintas tendencias ideológicas, pero eso no se podrá lograr bajo la dirección de un Gobierno nombrado arbitrariamente, que exaltará los odios en vez de apaciguarlos. Todos anhelamos primero detener a España en su marcha precipitada hacia la ruina y reconstruirla después material, espiritual y moralmente, pero eso no puede hacerse más que bajo un régimen que, por deber su nacimiento a los votos emitidos por el pueblo en libre ejercicio de su soberanía, sea voluntariamente aceptado por todos y permita a todos cooperar en la ingente obra a realizar con el corazón alegre, el cerebro tenso y la voluntad decidida.

GENERO, LIBERAL; ESPECIE, REPUBLICANO

Hay, por fortuna, una inmensa mayoría de organizaciones y de individualidades antifranquistas que repudian toda solución al grave pleito de España que se intente hacer a espaldas del pueblo soberano. Pero en estos últimos años se dió por establecer y circuló entre dichos elementos una clasificación caprichosa de los partidos en un posible régimen republicano nacido electoralmente, cuya clasificación fué acogida y propagada demasiado a la ligera. Se decía, y aún se repite, que deberían existir solamente tres partidos : un Partido Demócrata-cristiano, a la derecha ; un Partido Liberal, en el centro, y un Partido

Socialista, a la izquierda. A mí me avergonzó observar que ciertos republicanos aceptaban sin protesta verse incluidos en ese vergonzante segundo grupo. ¿ Liberales ? Genéricamente, sí, claro está ; pero específicamente, republicanos. Género : liberal ; especie : republicano. Quien siéndolo oculte esta gloriosa calidad merece la execración pública. Fuimos republicanos, somos republicanos, seremos republicanos. ¡ Pues no faltaba más ! Y con este honroso título por emblema habremos de ir otra vez dentro de España a la campaña política, ahora para la conquista de las nuevas generaciones, como antes para adscribir a nuestro credo a las hoy ya maduras y viejas. Sin ocultar en ningún momento, ni por nada ni por nadie, nuestro limpio historial. La constitución de un Partido Republicano para esta lucha preliminar es no sólo un derecho, sino que debe ser para nosotros un deber ineludible.

« Si se considerase necesario o conveniente la previa sumisión a plebiscito del signo institucional de la futura constitución — escribe « Unión Democrática » — éste habrá de celebrarse de modo que excluya la apertura de campañas polémicas que, tras de renovar la antigua división de los españoles, inhabilitarían a grandes masas para la participación pacífica en el régimen decidido. » He ahí un compromiso que ningún republicano podrá suscribir por inclinada que tenga el alma a la aceptación de las palmas del martirio. Muy provechoso les sería este inmenso sacrificio nuestro a quienes llevan más de veinte años difamándonos a su gusto con prohibición gubernativa de réplica nuestra. No han sido solamente los oficiantes en este bestial rito del odio los francofalangistas y los tradicionalistas, sino que lo fueron destacadamente desde un principio, y continúan siéndolo con desenfrenado encono, los autodenominados monárquicos constitucionalistas a través de su prensa. A la opinión española posterior a la rebeldía militar contra la República se la ha venido presentando año tras año, mes tras mes, semana tras semana y día tras día nuestro régimen como una orgía infernal e indisciplinada y nuestras personas como una colección de asesinos, ladrones, violadores e incendiarios. Nunca se nos admitió en la España sojuzgada el ejercicio del derecho de defensa, que en ningún país civilizado se le niega a quienes sufren ataques a su buena fama. Y después de soportar en forzado silencio una catarata difamatoria durante ya casi un cuarto de siglo, cuando al fin se nos presente la ocasión de deshacer en un ambiente nacional de libertad esa cerrada trama de infamias y perfidias habríamos de evitar las polémicas en aras de una problemática armonía, que nosotros deseamos más que nadie ver justamente realizada, y presentarnos ante dicha opinión.

tan vilmente engañada, no como somos, sino como se la ha dicho que éramos. Rotundamente, no.

Tenemos la obligación moral inexcusable, por el honor de la República y por nuestra honra personal, de reivindicar la obra de nuestro régimen y la honestidad de nuestra actuación contra toda clase de follones y malandrines. No hacerlo así, abiertamente, descaradamente si se precisare, sería traicionar a las innúmeras legiones de republicanos caídos en la guerra, en la represión y en el exilio. No necesitamos demandar ni piedad ni perdón ; habremos de exigir justicia a secas. ¿ Qué republicano que no haya perdido la conciencia o la memoria dejará de sumarse en su día a esta tarea de reparación para nuestras Instituciones y para los hombres que honradamente las sirvieron ? Sin odio para nadie, pero con amor para lo nuestro, que no dió todo el fruto que cabía esperar, más que por las torpezas cometidas, que las hubo, por el asedio hostil e implacable que, partiendo de las libertades otorgadas, establecieron contra la República desde sus comienzos quienes querían seguir disfrutando de unos privilegios anacrónicos, ésa habrá de ser nuestra inflexible línea de conducta. Yo, que combatí duramente errores de la República mientras existía, me siento orgulloso de haber sido Diputado, Embajador y Ministro de aquel régimen. Y apetezco el advenimiento de un período normal en España, no para esconder tímidamente mi significación política bajo el calificativo abstracto de liberal, sino para proclamarme de nuevo íntegramente republicano, insobornablemente republicano, insolentemente republicano. Y estoy seguro de que como esta resolución mía es la de casi todos los hombres que amaron mucho a la República y que por el amor a ella soportaron y soportan el vía crucis de un largo y penosísimo calvario por el resaca erial ideológico y sentimental de la España de hoy y por los solares de patrias extrañas sin poder llevar la propia más que en el corazón.

Esta firmeza en el sostenimiento de la convicción republicana tiene bases muy sólidas en que poderse apoyar y sostener. Ya hemos visto que casi todo lo nuevo que se va organizando en el interior tiene esta significación y puedo afirmar que también son allí esencialmente republicanos el pensamiento y el sentimiento más difundidos entre las masas inorgánicas y políticamente mudas. Por otra parte, cuanto español puede organizarse en libertad y se organiza fuera de España, lo mismo por exilados que por antiguos residentes, con frecuencia por una mezcla ejemplar y fecunda de ambos sectores, manifiesta un carácter netamente republicano y expresa su adhesión a las Ins-

tituciones de la República en el destierro. Tal vez no sea hiperbólico asegurar que el republicanismo español de ahora es más extenso e intenso, lo mismo en el interior que en el exterior, de lo que era en vísperas de la gran traición. Pero este fuerte republicanismo remozado, sin desconocer la importancia de lo que fué la República de 1931-36, solicita, sobre todo desde dentro de la patria, una readaptación a las nuevas circunstancias. Y pide de todos nosotros dos cosas : unión y programa, aquélla para que nuestra fuerza sea mayor y más eficiente y éste a fin de que confrontemos y discutamos nuestros respectivos puntos de vista sobre las soluciones futuras para los problemas substantivos de España. Tales realidades son ampliamente demostrativas de que lo republicano posee un extraordinario valor en la actualidad y ello nos obliga más, por lo tanto, en una contienda electoral libre, probablemente no muy lejana, a presentarnos sin ninguna clase de disfraces que nos desfiguren el rostro y el alma, solidariamente coaligados y obedientes a unas normas de antemano convenidas.

El Gabinete ministerial de mi Presidencia tiene un programa de acción y de gobierno bien estudiado. Por dos veces lo ha sometido a estudio de las organizaciones clandestinas del interior que conoce : una el 12 de agosto de 1956 y otra el 15 de julio de 1957. No ha querido enviarlo a las organizaciones políticas y sindicales existentes en el exilio porque deseó siempre dejarles el camino libre de toda sugestión coactiva de su parte. Algo, sin embargo, hicimos público por mi conducto en las conferencias siguientes, las cuales fueron editadas y muy repartidas en el exterior y, sobre todo, en el interior : « Hacia una revisión de nuestra política en el exilio », Toulouse 5 de diciembre de 1954 ; « Contestación a un cuestionario político », París 8 de enero de 1955, y « Un Concordato que no concuerda y un Pacto que no pacta », Burdeos 13 de febrero del mismo año. Antes y después he pronunciado otras conferencias en distintas naciones de América, incluso Estados Unidos, y en ellas me limité a apuntar soluciones porque quería únicamente incitar, en nombre del Gobierno, a nuestros partidos políticos y a nuestras sindicales obreras para que fueran esas entidades las que realizasen, de común acuerdo, el definitivo esfuerzo constructivo, no porque nos desinteresáramos de esta labor, porque siempre estamos dispuestos al diálogo y al acuerdo, sino con el designio de respetar la libertad de decisión. Clamé en todas esas actuaciones mías, a veces patéticamente, por la urgencia de la formación de una sola entidad de lucha y de gobierno. Como ejemplo me permitiréis que lea lo que sobre este particular dije en mi conferencia de Toulouse, aunque acaso la cita os resulte demasiado larga :

UNIÓN Y PROGRAMA COMÚN

« No son mayores nuestras disensiones que las de los hombres de la primera República, sino mucho menores y por ello más fácilmente subsanables. Pi y Margall con sus federales, Castelar con sus posibilistas, Salmerón con sus centralistas y Ruiz Zorrilla con sus radicales se odiaban a muerte. Afortunadamente, las cosas no suceden hoy de igual manera. Más aún : las divergencias más acusadas no se han producido entre unos partidos contra otros ni entre unas sindicales contra otras, sino más bien entre miembros de las mismas disciplinas, creándose de ese modo lamentabilísimas disgregaciones y escisiones, que es indispensable procurar que cesen en servicio de la aspiración de todos, sacrificando cada uno lo que más pueda para estimular a los demás en la emulación del sacrificio. ¡ Sería tan hermoso que se diera primero el ejemplo de unificación dentro de cada partido o sindical de todos sus elementos dispersos ! Después de esta acción previa de auténtica unidad, la fusión, coordinación o federación de todas las entidades reconstruidas sería mucho más hacedera.

« La palabra imposible debe borrarse de nuestro diccionario de lucha. Todo es posible si queremos que lo sea. Por no haberlo querido con verdadero querer — en su doble acepción de amor y de voluntad — no hemos progresado todo lo apetecible en nuestra obra común. Pero ni se debe ni se puede esperar más. Es ya inexcusable la decisión, porque o nos aprestamos ahora para la batalla conjunta o tendremos que darla por perdida sin haberla entablado. El coraje hace milagros. Quien crea que estamos vencidos es porque se siente vencido él. Prescindamos de su cooperación y sigamos adelante. Yo no me declararé vencido nunca. Quiero creer y creo. Quiero actuar y actúo. Con nadie tengo diferencias dentro del campo liberal-democrático y si las tuviera, las depondría. Todos debemos silenciarlas en estas horas críticas como personas humanas y como hombres de partido.

« Para que lleguemos a alcanzar la meta de la unión común en una disciplina común y bajo una dirección común me permito invitar a la constitución de un grupo representativo de todas las entidades españolas del signo antedicho, que pueda realizar, con independencia del Gobierno, los tanteos internacionales que se juzguen convenientes y una propaganda intensiva orientada hacia el interior y distribuida en él principalmente y para que llegue a proponer acuerdos, no solamente sobre los procedimientos de acción contra Franco y sus cómplices, sino también sobre los puntos esenciales que es necesario tener estudiados y aprobados para « después ». ¿ No seremos capaces de formar una Junta, Comisión o Comité, que el nombre no hace a la cosa, formado por uno o dos miembros de cada entidad o grupo de entidades fedradas para que estudie el problema de la conjunción definitiva e incluso para que pueda actuar en su día ejecutivamente en nombre y representación de todos ? A los fines de vuestra meditación y resolución lanzo esa idea desde esta tribuna.

« Yo me permito proponer desde ahora a esa futura Junta tan ampliamente representativa el estudio de acuerdos sobre los siete puntos que considero fundamentales, después naturalmente del previo de la lucha conjunta contra el régimen franquista :

- 1.º Liquidación JUSTA de la guerra civil.
- 2.º Organización del Estado.
- 3.º Bases para la solución de los problemas militar, religioso, agrario y crediticio.
- 4.º Política de orden público.
- 5.º Política económico-financiera.
- 6.º Política internacional.
- 7.º Bases para la Reconstrucción Nacional.

« Los conceptos básicos que han de dar contenido a estos siete puntos deben ser trazados políticamente, pero su desarrollo y planificación han de realizarse con las cooperaciones técnicas precisas, que las hay en el exilio y podrían encontrarse también en el interior. Esta labor, para ser útil, ha de ser lenta, pero repito que se trata con ella de obtener el programa común para « después », un programa nacional y no de partidos ; entiéndase bien : nacional y no de partidos, porque esa orientación es la indiscutiblemente justa y la urgentemente necesaria y, por lo tanto, es la firme garantía de nuestro éxito en el empeño. Mien-

tras se fuera elaborando poco a poco el programa para el futuro, la lucha política, económica y social contra el régimen franquista se iría desarrollando a la velocidad que los acontecimientos impusiesen. Son funciones que no se excluyen y pueden perfectamente efectuarse paralelamente. ¿ Seremos capaces de dar cima a la obra ? Si queremos, sí. ¿ Se negarán a ello los elementos responsables de los partidos y de las sindicales ? Deben pensarlo bien antes de decidirse a adoptar una actitud negativa o indiferente. La gran masa exilada y la inmensa masa del interior anhelan algo en que creer y desean encontrar una voluntad de lucha a que adherirse. Si no queremos o no sabemos dárselo acabarán ambas masas por prescindir de todos nosotros y se correría el riesgo de una inconexa acción revolucionaria desde abajo que barriese todo lo actual, el poder y la oposición. Entonces serían estériles las lamentaciones y la responsabilidad contraída por nosotros con nuestra incuria, enorme. »

Recalqué posteriormente varias veces lo fundamental de los conceptos que acabo de recordar ante vosotros, de lo que es buena muestra el siguiente párrafo de la conferencia que pronuncie aquí mismo el 13 de febrero de 1955 :

« No quiero significar con mis propagandas que la unión es una panacea infalible. Reconozco, por el contrario, que con unión muy estrecha podemos fracasar. Pero habrá de admitirse como verdad más palmaria que sin esa unión estamos ya fracasados de antemano. Si la unión hubiera de hacerse por el mero gusto de estar unidos no valdría la pena de intentarla. No es eso. Lo que yo pretendo es la unión de todos o del mayor número para hacer algo, o sea una unión precursora de una actuación. ¿Cuál ? La que se acuerde. ¿Cómo ? Según se acuerde. Pero una actuación viva, animosa, enervorizada ; no por espasmos, sino continua ; no de corazonadas, sino reflexiva. Y paralelamente a la acción, la elaboración del programa para el futuro, bien sobre los puntos que señalé en mi conferencia de Toulouse y reiteraré en la de París, o bien sobre otros que convengan más. Lo importante es que al movernos sepamos hasta donde queremos llegar. Caminar por simples impulsos puede llevar al éxito, pero se fracasa indefectiblemente si no se tiene preparado el *después* ».

Hemos llegado a más en nuestro esfuerzo de unificación de todos los grupos republicanos de signo liberal-democrático. Con fecha 2 de mayo de 1956, envié particularmente, por acuerdo del Consejo de Ministros, un Mensaje a los Comités directivos de todas las entidades de dicho signo existentes en Francia.

Poco después lo hice público con el título de « Está a punto de sonar la hora » y se repartió de manera profusa, muy especialmente en el interior, como de costumbre. A él pertenecen los siguientes párrafos :

« En estas horas históricas de gran responsabilidad solicito una vez más la unión en el exterior de todos los republicanos, socialistas y sindicalistas que acepten la libertad democrática como base de su política para crear un sólido instrumento que actúe constructivamente durante la dramática crisis que se acerca en el problema español. Y pido ahora con entera firmeza que esa unión se consagre en el seno del Gobierno republicano exilado para ofrecer al país desde fuera el apoyo consolador de una fuerza común y un solo programa bajo una misma autoridad, oficial y desligada de singularismos partidistas. Nunca como hoy estuvo justificada la necesidad de formar en el destierro un Gobierno de la República amplísimamente representativo. El que yo presido no pondrá el más mínimo obstáculo para que éste sea un hecho venturoso y tiene dispuesta su dimisión incondicional si con ella se logra la constitución inmediata de ese Gobierno que los momentos actuales nos imponen. Reclama la patria con urgencia soluciones para un porvenir incierto que ya empieza a ser presente, y nosotros estamos inexcusablemente obligados a ofrecer la nuestra, la de todos nosotros, una sola, con el ánimo decidido para dedicar a su pleno triunfo los máximos esfuerzos de que podamos ser capaces. »

Creíamos entonces y seguimos creyendo que ésta sería la fórmula más coherente y eficaz para la unión anhelada. Por eso quise insistir sobre ella de palabra, en nombre del Gobierno, y a tal efecto celebré una reunión privada a la que convoqué a los Presidentes y Secretarios de todas las colectividades políticas y sindicales no totalitarias. Acudió la gran mayoría de los citados, pero no encontró el debido ambiente nuestra proposición por razones que no hace al caso analizar. En vista de ello propuse a la meditación de los concurrentes la idea de un trabajo en cooperación e independientemente del Gobierno y eso tuvo más favorable acogida. Mientras tanto seguían las conversaciones entre los elementos directivos de los partidos específicamente republicanos para encontrar la fórmula de su fusión en uno solo, conversaciones que todavía no han conducido a una resolución decisiva, la cual se espera para muy en breve. Algo más tarde, con fecha 23 de febrero de 1957, se convino el acuerdo más amplio adoptado hasta ahora y parece ser que continúan los trabajos en común que entonces se iniciaron, pero todo induce a creer que se desarrollan demasiado lentamente. Y lo que se necesita

es precisamente lo contrario : una gran actividad conjunta. Por estar persuadido de esto insistí una vez más acerca del tema en mi último Mensaje titulado « ¿ Una Monarquía sin monárquicos ? », que lleva fecha 18 del mes en curso y al cual pertenecen estas reflexiones :

« Varias veces en el transcurso de estos últimos años ha invitado el Gobierno por mi conducto a todos los partidos democráticos y a todas las sindicales obreras a la constitución de un solo organismo común de acción con programa definido y dirección única. Lo vuelvo a hacer hoy apremiado por las circunstancias. Son insuficientes unas alianzas débiles y escasamente actuantes, aunque es justo reconocer que significan un progreso, y resulta indispensable algo más estrecho y dinámico, una organización de frente unido capaz de ofrecer los puntos de vista republicanos para la hora de la substitución. Ninguna de las entidades actuales, por grande sea, basta para hablar con justicia en nombre de todas. Lo que se precisa es un fuerte instrumento ampliamente representativo de cuanto hay de vivo en nuestra política, lo mismo en el interior que en el exilio, para que pueda difundir con la máxima autoridad dentro de España nuestro programa de transición ordenada a un sistema de libertades democráticas, nuestras apetencias de que ese período transcurra en paz, nuestra adscripción a la República como forma de Gobierno, nuestro fervoroso deseo de convivencia y nuestras aspiraciones de llegar escalonadamente a una reconciliación nacional para que todos los españoles podamos ofrendar nuestros esfuerzos creadores en la ingente tarea de reconstrucción de una patria en escombros ».

Yo bien sé que los partidos políticos y las sindicales obreras no son hoy en el exilio más que armazones de lo que fueron y que en el interior de España no pueden ser ni siquiera eso. A pesar de esta convicción, me he dirigido siempre a ellos porque en su seno tienen aún el fermento capaz de convertirles, en cuanto las circunstancias lo permitan, en carne y espíritu de la política republicana futura y porque en sus filas continúan militando, más o menos activamente unos, más o menos pasivamente otros, la mayoría de los supervivientes entre los antiguos luchadores, muy cargados de años en gran parte, pero todos con historias limpias y plétóricas de experiencias utilísimas. Totalmente apartados de las actividades partidistas hay otros elementos muy valiosos, bastantes de ellos todavía jóvenes, que o se fueron de los cuadros de sus organizaciones por cansancio o desilusión o que no pertenecieron jamás a ninguna de ellas. A unos y a otros de esos hombres destacados, a los que están

dentro y a los que están fuera de nuestras entidades, quiero dedicar las palabras finales de esta conferencia.

Lo más importante en estas horas supremas son precisamente los hombres — pocos o muchos — que, habiendo podido salvarse del naufragio « sin perder la cara », sigan teniendo igual amor a la República y el mismo espíritu de combate y de sacrificio. Quienes no reúnan estas cualidades no nos interesan lo más mínimo a estos efectos, por sobresaliente que sea su autoridad intelectual, y habremos de procurar alejarles de nuestras tareas « con muchísimo respeto ». Menos habremos de mantener contacto político con aquellos otros, afortunadamente una escasisima minoría, que están derrochando su prestigio en la antirrepublicana petición a nuestras izquierdas de ayuda para una restauración monárquica que los fieles de esta doctrina no pueden lograr por sí solos, ayuda que sería nada menos que locura negar, según opinión del más eminente de los republicanos accidentalistas, olvidados de que la República es siempre esencia, nunca accidente. ¿ Y qué decir de los ganapanes republicanos de la pluma que han alquilado su instrumento de trabajo por un plato de lentejas ?

Esta exhortación mía para una reactivación política persistente y fervorosa va exclusivamente dedicada a los republicanos incorruptibles, a los que están dispuestos a morir en el exilio antes que mercadear con sus convicciones, a los puros de corazón y de propósito, a cuantos entraron en fase durmiente dentro de sus cuadros o se apartaron del campo de batalla por disconformidad con la manera de realizarla, y les digo : Ahora o nunca. Vosotros, con vuestra autoridad no gastada, podéis contribuir eficazísimamente a poner de nuevo en marcha una acción intensa y coordinada. Volved decididamente a vuestras tiendas o incorporaos a ellas por primera vez con las iniciativas que tengáis. Realizad un esfuerzo ciclópeo. Cumplid a saturación con el deber que a todos nos es común. Sembrad dentro y fuera pródigamente, a diario. Y estad seguros de que en cuanto nos vean unidos en la ingente labor a todos los que hemos ejercido funciones directivas en la patria y en el destierro las masas republicanas volverán a ponerse en pie para añadir a las nuestras sus energías conjugadas. Fuera, inmediatamente ; dentro, semanas más tarde. El logro de un anhelo por el que tanto se ha suspirado allí y aquí será conceptuado por cuantos hoy se consideran huérfanos de una dirección eficiente como el amanecer triunfal de un nuevo día. Y la causa republicana podrá, al tener por fin un solo frente democrático-liberal y un solo programa de acción y de gobierno, confiar fundadamente en el presente y en el porvenir.

S. P. I.

4. RUE SAULNIER

PARIS-9^e